

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



**El
mundo
contra
ella**

POR
**Esther Ralston
James Hall
etc.**

50 cts.

BIBLIOTECA

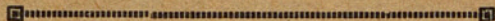
Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551



El mundo contra ella

Emocionante asunto, interpretado por
Esther Ralston y James Hall



Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA



El mundo contra ella

Argumento de la película

Año 1895... Años románticos, vales, canciones sentimentales de amor al claro de luna. Los poetas están aún de moda, aun hacen llorar los versos... Años antagónicos a los de hoy, que son fibra, movimiento, prosa...

Lena Smith, una joven campesina húngara, vivaracha y bella, sentía el deseo irresistible de abandonar la aldea donde naciera para ir a Viena, la capital alegre y bulliciosa, con cuyos palacios, calles y teatros soñaban todos los jóvenes y las muchachas del Imperio.

Una hermosa mañana, Lena se dispuso

3
a partir, pintorescamente ataviada con el típico traje nacional... Poco antes de marchar, encontró a Estéfano, un campesino acomodado pero de mayor edad que ella, quien en varias ocasiones le había manifestado su deseo de hacerla su esposa. Lena siempre le rechazó, ilusionada por la atracción magnífica e irresistible de trasladarse a Viena.

—¿Adónde vas tan emperifollada, Lena?—le dijo el enamorado sospechando la verdad.

—Voy a Viena...

—¿Conque al fin te vas?... Entonces... ¿nuestro casamiento no podrá realizarse nunca?

—No, Estéfano, no tengo deseos de casarme... Mis amigas Pepi y Poldi van a la capital y yo he prometido ir con ellas.

Estéfano sonrió amargamente.

—Esas holgazanas te ocasionarán un disgusto, Lena...

—Descuida, Estéfano, que yo sabré cuidarme.

—Bueno... Ve a Viena, caprichosa, que tú habrás de volver más pronto de lo que te crees.

—¿Y si no vuelvo nunca?

—Si tú no vuelves iré yo por ti... ¿Qué te has creído?



—¿Adónde vas tan emperifollada, Lena?

Y la riñó con la bondad del padre que protesta y corrige la travesura de su hija.

Que fuese a Viena si esta era su voluntad, que ya la gran ciudad pérfida y mala se encargaría de desengañarla. Y entonces, Lena volvería al pueblecillo húngaro a pedir a Estéfano que se casase con ella...

Y si no volvía, sería el mismo Estéfano en persona quien iría a buscarla, para que acabase ya de una vez aquella ligereza y regresara a la aldea natal.

—Volverás a mí... o yo iré a Viena dentro de algún tiempo—dijo tercamente el campesino.

Ella no le hizo caso y le rogó se tranquilizase... Había demasiada diferencia de edad entre los dos; no cuajan casi nunca la madurez y la juventud.

Y en compañía de sus dos amiguitas, muchachas como ella deslumbradas por los espejuelos que desde la gran capital enviaba su prodigiosa y fascinadora luz, subió al tren... y al día siguiente entraba en la gran ciudad del Danubio, la ciudad que era entonces el emporio de la gracia, de la elegancia, de la coquetería, acaso más fina y distinguida que el propio París...

* * *

Las tres muchachas se instalaron en una modesta pensión. Fueron los primeros días, de deslumbramiento, de arreba-

to. Cada hora la gran ciudad les descubría una nueva faceta, como los enamorados descubren a cada instante nuevas gracias en la belleza de la amada...

Pensaban las campesinas colocarse como sirvientas de alguna de las casas ricas de la ciudad, pero no tenían demasiada prisa. Poseían ahorros que les permitían vivir durante unas semanas haciéndose la ilusión de que sus rentas eran permanentes.

Y una noche de agosto, en el Viennese Prater, el gran parque de atracciones de Viena, una noche de manubrios, columpios, algazara, cerveza y amores que nacían, Lena encontró a Franz Holz, un bizarro oficial del ejército austriaco.

La muchacha, ingenua y apasionada, con el apasionamiento de sus veinte años que no habían conocido el amor, quedó prendada al instante de aquel militar que comenzó piropeándola con la exquisitez y la galantería peculiares del hombre de armas.

Ella aceptó la grata compañía que el joven le brindara, y los dos pasaron una noche deliciosa... Subieron a los caballi-

tos, a la rueda mágica, a las montañas rusas; disfrutaron de todos los espectáculos de feria que tanto divierten a las almas sencillas y rudimentarias.



...pasaron una noche deliciosa...

Lena se había separado de sus dos amigas que a su vez habían encontrado otros galanes. La noche está hecha para las conquistas del amor, y ellas eran jóvenes, rosas del rosal más oloroso...

El teniente Franz acompañó a Lena hasta la casa donde ella vivía, volvió a re-

petirle una y otra vez que nunca había conocido una muchacha tan bella y encantadora, y la campesina, incauta, creyó que era verdad...

Y vinieron nuevos días y prosiguió la aventura de amor. Paseos, excursiones por el Danubio azul en embarcaciones adornadas de flores y banderas, mientras sonaban junto a ellos los vales más sentimentales, meriendas en pleno campo, paseos de noche por las calles desiertas, por las avenidas olorosas y maravillosas...

Y un día un beso, y luego nuevas caricias, y poco a poco la vida de la mujer que va cayendo dominada por el influjo del conquistador.

Y ocurrió una vez más que con el amor y el fuego no se juega en vano... Lena cayó en sus brazos, toda suya, porque el teniente Franz la juró que no la abandonaría nunca y que pronto se iba a casar con ella.

Le creyó, sacrificó su virtud femenina entre las galanterías de él, ufano y orgulloso del triunfo.

Pero el teniente Franz no era un mal corazón, no era un Tenorio vulgar, engen-

dro monstruoso al que hay que catalogar entre la categoría de los anormales.

Franz se sintió enternecido por aquella mujer sin defensa alguna, por aquella vir-



...prosiguió la aventura de amor.

gencita montañesa que le había brindado el néctar intacto de sus veinte años...

—Vamos a casarnos—le dijo un día—. Pero... nuestro casamiento será secreto. Yo no tengo aún independencia. Vivo con mis padres, familia aristocrática que, por

desgracia, no transigiría nunca con una boda desigual. Deja pasar el tiempo, déjame que yo ascienda a capitán, que tenga un sueldo bueno y entonces comunicaré a mis padres nuestra boda... y si no se conforman, no me importa... Para mí tú serás siempre lo primero y me iré a vivir contigo...

Lamentó ella la riqueza de su novio... Más que un oficial, hubiera querido que fuese un mísero soldado, un muchacho insignificante, un campesino que no tuviera obstáculos para casarse con ella... Pero como las cosas son como son, tuvo que conformarse con la realidad.

Una mañanita fueron a casarse en una iglesia de las afueras, solamente con los dos testigos indispensables y el cura, todos los cuales prometieron guardar silencio acerca de aquella ceremonia.

Poldi y Pepi que se habían colocado como doncellas, sabían por Lena la noticia de su boda. Envidiaron a su amiga, aunque lamentando la situación algo extraña de aquella boda desigual. ¡Ah, cuando Estéfano se enterara! ¡El fuerte campesino que creía que Lena sería suya con-

tra todos los obstáculos y dificultades de momento!

Franz mantenía a su esposa que vivía en una modesta pensión.

Unos meses después la campesina comunicó a su marido una nueva agradable: Un ser palpitaba en sus entrañas. Un hijo, un niño, un regalo divino de los dos, conjunción amada de una pasión leal.

Franz sintió de pronto cierto disgusto, porque ello venía a agravar su casamiento clandestino, pero acabó por alegrarse pensando que sería padre, sin que en casa, los rígidos viejos, supieran que iban a ser abuelos.

Y nació un niño, un muchachito fuerte y rubio que se parecía a los dos.

La madre dedicóse por entero a esa criatura de sus entrañas, y Franz tuvo que entregar más dinero, pero, por lo contrario, sus visitas fueron menos frecuentes.

Con el tiempo pareció que se fuese enfriando su cariño... Se daba cuenta de que había cometido una tontería al casarse con aquella aldeana.

Veía a los demás oficiales efectuar ca-

samientos espléndidos, con damas ricas y de renombre, y él se sentía avergonzado al pensar que ya estaba atado de modo definitivo, que había caído en las redes de una mujer muy bonita, pero vulgar.

¡Ah, es indudable que no se puede ser un perdido, teniendo corazón! ¿Por qué se dejó llevar por el sentimentalismo?

Hubiera podido mantenerles de la misma manera, pero sin necesidad de casarse. Ahora ya no había remedio. A no ser dando un escándalo, provocando un divorcio, no podría considerarse libre.

¡Qué imbécil! Sus padres se extrañaban de que no tomase nada. Y cuando él se atrevía tímidamente a indicar que acaso se casara con alguna muchacha humilde, parecía hundirse la casa. Los Holz protestaban indignados contra aquella hipótesis.

¿Estaba loco? Franz debía casarse con la hija de algún banquero o de algún militar de alta graduación, que muchas había que le esperaban anhelantes, prontas a darle el sí suspirado.

Franz no volvía a insistir y encontraba

insufrible su situación que por otra parte no se sentía capaz de confesar.

¿Iba a vivir siempre así? ¡Qué pena tan honda! Y aburrido pasaba largas horas en el Círculo, jugando y bebiendo con el único deseo de aturdirse, de no pensar en lo que era, sin embargo, su constante preocupación.

* * *

Y así pasaron cuatro años desde aquella noche de verano en que se encontraron en un parque vienés una aldeana incauta y un oficial galante.

La situación de Franz no había variado. Seguía sin confesar a sus padres que era casado y que ya tenía un hijito de tres años.

Lena, que adivinaba el despego y la tristeza que invadían a su marido, no quiso estar lejos de él... Y audazmente, habiendo sabido que en casa de los padres de Franz necesitaban una sirvienta, se ofreció para ocupar la plaza, y la aceptaron, encantados de su timidez y de su aire refinado de mujer que parece haber vivido

en un mundo superior... Franz le había contagiado ese espíritu de distinción.

Cuando Franz vio a su esposa de criada, experimentó una grande y desagradable sorpresa.

Ella le miró sonriente y el joven temió que le iba a dar algún ataque de nervios, incapaz de poder resistir aquella situación equívoca.

Por la noche en el jardín hablaron los dos. El la rogó que se fuese, que se volviera con su hijo que había quedado en la pensión al cuidado de la patrona. Pero Lena no quiso oírle. No... no... No podía vivir sin estar al lado de su marido, pues tenía el presentimiento de que él la quería abandonar.

A pesar de sus ruegos, nada consiguió de Lena. Y tuvo que transigir con que su esposa estuviera allí de criada, de humilde doncella, mandada por todos, sufriendo rudos trabajos... .

A veces sentía el deseo de hablar de una vez, de confesar a la vista de todo el mundo que la criada Lena era su mujer legítima y que ya nadie se la podía quitar, puesto que estaban casados legalmente.

Pero tenía miedo; sentía vergüenza; parecía que iban a perseguirle todas las bur-las de la buena sociedad que le llamarían incauto y tonto.

Y hombre sin voluntad, optaba por no estar casi nunca en casa, pasándose la noche en el Casino y durante el día en el cuartel.

Lena, de vez en cuando efectuaba escapatorias a la pensión y pasaba cortos ratos con su hijo.

Su niño de alma debía perdonarla si no vivía con él. Pero era preciso estar en la casa de papá, vigilar su vida y convenirse de que le era leal.

Y así pasaban los meses... sin apenas variación, y Franz se había avelado ya a ver allí a su esposa, como si realmente fuese una doncella más.

Era de noche cuando Lena efectuaba sus escapatorias para ver a su hijo en la pensión y también algunas veces a su marido. Volvía al amanecer y luego le costaba enorme trabajo levantarse a primeras horas de la mañana y como estaba fatigada, no tenía deseo alguno de realizar las penosas faenas caseras.

—Son ya las doce y está todo por hacer—le dijo un día la severa madre de Franz—. ¿Qué dirá mi marido cuando venga?

—Voy... voy... señora...

Aquella noche Franz, después de varias semanas de ausencia, llegó a su casa.

Fué a abrirle Lena, quien le abrazó fuertemente, llenándole de besos.

—¡Basta... basta!—dijo él con timidez—. ¡Si mis padres nos vieran!

—¿Cuándo acabará mi situación?...

—Pronto... me ascenderán a capitán—dijo— y entonces... podremos comunicar públicamente nuestra boda. Un poco de paciencia, muchacha.

Y entró a saludar a sus padres. El padre era un hombre de un rigorismo ejemplar... Era un ángel tutelar de la moralidad y buenas costumbres ciudadanas y ejercía el cargo de Secretario de la flamante Liga de ciudadanos contra el vicio.

—¿A qué debemos el honor de esta visita tan inesperada?—le dijo su padre con voz indignada.

—No te enfades, Oscar—intercedió la

madre—. El pobre muchacho tendrá hambre.

Lena, desde el cuarto contiguo, escuchaba...

—No, mamá, no tengo hambre—dijo el teniente, riendo—. Vengo por otra cosa...

—No me equivoco. Has vuelto a jugar, ¿verdad?... y necesitas dinero—dijo el severo señor.

—Verdad, padre... Yo no quería jugar, pero mis compañeros insistieron y me obligaron a ello...

—No quiero saber nada de tus compañeros... ¿Cuánto perdiste?

—¡Quinientas coronas!

—¡No es poco! ¡Parece mentira! Acabarás arruinándome. ¡Qué hijo, qué hijo!

Daba grandes gritos y su esposa tuvo que advertirle:

—Por Dios, Oscar, baja la voz... Pueden oírte las doncellas.

—Quiero que todos sepan que estoy cansado de tanta necedad; de esas deudas de juego.

—Fué un compromiso, padre...

—Hoy pagaré esas quinientas coronas,

pero la próxima vez que necesites dinero para pagar tus deudas, irás a buscarlo al infierno, que es donde parará si no te enmiendas.



—...la próxima vez que necesites dinero...

—Bien, padre... Y, oye, mamá—exclamó cambiando de expresión—. Tengo hambre... ¿Hay comida para mí?

—¿No decías que no querías comer?

—Ahora sí...

—Me ha costado quinientas coronas

devolver el apetito a ese granuja—dijo el severo don Oscar.

Franz comió, servido por Lena que le miraba a hurtadillas. Tan pronto hubo cenado, el joven oficial marchó precipitadamente, pues dijo que tenía que devolver el dinero.

Y aunque Lena hubiera deseado permanecer con él, no le fué posible

Al ver marchar a su hijo, don Oscar comentó con su esposa:

—¡Algún día Franz nos dará un disgusto serio!... Ten presente lo que te digo.

—No seas exagerado...

—Con el tiempo me darás la razón.

Poco después toda la casa dormía...

A las diez de la noche los vieneses cierran sus puertas con cien cerrojos y dejan las llaves al portero.

Lena vistióse rápidamente y de puntillas salió del piso. Quería ir a ver a su hijo, necesitaba una vez más pasar unas horas acariciándole, sentir la ternura familiar que en aquella casa no encontraba. Y ante el desvío de Franz, ella concentraba más y más su alma en el niño...

El portero de la casa le abrió la puerta, con muestras de mal humor que no se apagó ante la propina que ella le dio tímidamente.

—¡Se necesita valor para despertarle a uno a estas horas y encima darle una miseria de propina!—refunfuñó.

—Soy pobre... no puedo dar más...

—Pobre... pobre... ¡Ah! ¿Qué diría usted si alguien fuera a contarle a su patrón que usted sale a estas horas de la noche?

Ella le midió con profundo desprecio y respondió con altanería:

—Pues diría que el que tal hace es un miserable entrometido.

Y sin esperar la agria respuesta del portero, furioso al verse tan mal tratado por la criada, emprendió su camino hacia la pensión donde estaba su hijito.

En ella la esperaba Poldi, una de las muchachas, que podía realizar aquella visita porque sus dueños estaban fuera de Viena y no regresarían hasta el mes próximo.

Las dos amigas hablaron largamente,

mientras Lena no cesaba de acariciar al nene.

—Estéfano me ha escrito que vendrá a Viena—dijo Poldi.



...no cesaba de acariciar al nene.

—¡El!

—¡Sí! Dice que quiere vernos.

—¿Le has escrito algo a Estéfano del nene?

—No me he atrevido... Tú sabes que Estéfano aun te quiere...

—¡Bueno! ¡Que venga! Cuando Estéfano llegue, veremos lo que hacemos.

A media noche, la joven regresó silenciosamente a casa. Le abrió el vigilante, y la muchacha de puntillas se dirigió a su cuarto.

Estaba nerviosa. Su vida tan anormal la preocupaba hondamente... Y estuvo dando vueltas, sin poder conciliar el sueño, hasta el amanecer...

* * *

Al día siguiente, el portero, que era de la raza de los soplones, comunicó a los señores Holz que la criada Lena salía con frecuencia de la casa a altas horas de la noche.

Aquella noticia cayó como una bomba en el matrimonio. Don Oscar, partidario absoluto de la moralidad, puso el grito en el cielo, asegurando que era un escándalo lo que ocurría.

—Hay que despedir a esa... indecente... sin contemplaciones... ¡Tener en

casa a una mujer de vida deshonestal ¡Qué horror!

—Deberías oírla... que se excusase— dijo la señora.

—No hay ninguna excusa para salir de noche. La noche es enemiga de los buenos.

—Antes de despedirla, piénsalo bien, Oscar. Tú sabes que no es fácil encontrar buenas criadas... y Lena es de las mejores.

—¡Buena criada! ¿Qué más da que lo sea si no es decente? Llama a esa muchacha.

—Pero...

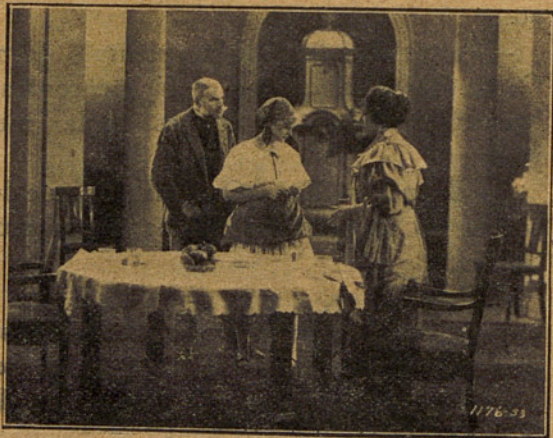
—Además, acabamos de registrar su cuarto y hemos encontrado en él un retrato de nuestro hijo. ¿Te das cuenta de la importancia que esto tiene? Seguramente esa mala mujer quiere seducir a Franz. ¡La infame! ¡No sé si podré contenerme cuando esté delante de mí!

La señora Holz, recomendándole de nuevo calma, mandó a buscar a Lena, quien se presentó sin inquietud alguna, con la serenidad de quien no tiene que avergonzarse de su vida.

Mirándola brutalmente, el señor delegado de la Liga de Ciudadanos contra el vicio, le dijo:

—¿Dónde estuvo usted anoche?

Por la mente de Lena pasó la idea de



—¿Dónde estuvo usted anoche?

que el portero había confesado, pero quiso negar con una resistencia absurda.

—Anoche... Pues en mi habitación... durmiendo.

—No mienta... ¿Adónde fué usted? La

vieron salir, el portero tuvo que abrirle la puerta. El mismo lo ha confesado.

Comprendió Lena que era absurdo seguir negando y contestó:

—Salí, efectivamente... Salí a la calle a tomar un soplo de aire fresco. No podía resistir el calor.

—Ya... ¿Y qué hacía este retrato de mi hijo en su cuarto?

Lena se estremeció y sintió una profunda indignación al ver que habían registrado su equipaje... Pero aun tuvo fuerzas para excusarse.

—Lo corté de un periódico... nada más que por curiosidad.

—Esto no es de un periódico, sino una postal de fotógrafo... Y lleva además una dedicatoria: "Con todo amor"... ¡Ah, mala mujer! ¿Le parece a usted bien pretender seducir a un muchacho de clase superior?

—¡Don Oscar!...

¡El mal hombre! Ganas tenía de confesarle que ella era la esposa legítima de su hijo, pero se contuvo por consideración a Franz, por temor de que éste perdiera la estimación paterna. Y oyó, sin osar de-

fenderse, las diatribas de aquel individuo sin corazón.

—¡Esta conducta incomprensible tiene que acabar! Todos los meses se le da un día entero de descanso... para que tome el aire fresco que quiera...—gritó el viejo.

—Yo desearía explicarles...

—No diga una palabra. Su conducta no tiene perdón... Y queda usted despedida inmediatamente... Hubiera tenido usted que aprender que yo no soy solamente el amo, sino que también soy el jefe del Departamento de Moralidad Pública y Buenas Costumbres de la ciudad de Viena... Y que de mí no se burla nadie impunemente.

Anegada en un mar de lágrimas, la pobre muchacha, ocultando heroicamente su verdadera situación, acallando los verdaderos y sagrados lazos que la unían con el oficial, abandonó la casa después que la señora Holz le diera la paga de los días vencidos y además una colección de consejos para que en lo sucesivo fuera "una chica decente".

Lena fué a reunirse con su hijito en la pensión, y allí, sobre aquel cuerpo bello

y rosado, cuya sangre era de ella y de Franz, lloró de nuevo el dolor de una existencia que la atormentaba siempre, cada vez con mayor superación...

Avergonzada no quiso ir a ver a Franz pensando que éste cuando se enterara de lo ocurrido, no tardaría en ir a su lado para consolarla y buscar entre los dos el medio de que cesase aquella situación cada vez más apurada.

Pero Franz Holz cuando se enteró de la verdad, no pareció sentir demasiado disgusto por la ausencia de Lena. Le aterraba la idea de que ella estuviese siempre allí, en su casa, y respiró ahora con amplitud al saber que la habían despedido.

Don Oscar le interrogó con energía acerca de aquel retrato y la dedicatoria.

Guardó el joven unos momentos de silencio, pareciéndole que aquel era el instante propicio para confesar la verdad, pero miró a su padre y vió en sus ojos tanta frialdad, tan poco sentido humano y bondadoso en aquellas pupilas metálicas, que no se atrevió, temiendo que su padre contestara de modo brutal... Una vez más fué cobarde.

—¡Nada, padre, nada! Un "flirt" sin importancia... Eso pasó ya...

—Ni siquiera debía haber comenzado... ¿Relaciones con una criada? ¡Qué compromiso! No comprendo de dónde has podido salir con ese temperamento.

Y le dejó a solas con su conciencia, dando un terrible portazo al marchar.

A Franz le pareció ver el rostro de Lena acusándole de criminal, y los ojos de su hijo mirándole con reproche mientras sus manecitas se alzaban hacia él como suplicando piedad.

Rechazó esos pensamientos con horror. ¡Qué imbécil había sido! ¿Por qué fué tan insensato en casarse con una aldeana, con una mujer humilde?... ¡Si ahora él no estuviese ligado de modo que sólo podían desatarle la publicidad y el escándalo!

Se dió cuenta de que cada vez sentía más despego hacia aquella familia que él había creado. El amor iba alejándose de su corazón de una manera fatal, irremediable.

No quiso ir a ver a Lena, ni a su hijo... Y para olvidar dirigióse al Casino Mili-

tar, en cuyo tapete verde dejaba cada día gran parte de su dinero.

Y las emociones del juego, terribles y escalofriantes, ponían sobre su conciencia una nube que le privaba de pensar en aquel amor al que un día prometió ser fiel.

* * *

Así concluyó aquel episodio de la vida de Lena... Ya no tenía el consuelo de estar junto a su marido...

Pero ella creía haber terminado con la ciudad, y se equivocaba. La ciudad no había aún terminado con ella.

Oscar Holz no estaba dispuesto a dejar tranquila a la ex sirvienta de su casa.

Su cargo de jefe del Departamento de la Moralidad Pública y Buenas Costumbres de la ciudad de Viena, le obligaba a escudriñar en todas aquellas vidas dudosas que no fuesen por el recto camino de la más pura honradez.

Enfurecido con Lena, a quien consideraba una mala mujer puesto que había "flirteado" con Franz olvidándose de su

humilde situación de criada, seguramente por interés, por negocio, pues él no consideraba posible la pasión, ordenó a varios asociados de la entidad averiguasen datos acerca de la vida de aquella mujer.

Y consiguió saber que Lena tenía un hijo... Y aquel hombre que ni por asomo podía suponer que aquel hijo llevara su propia sangre, la sangre aristocrática de los Holz, concibió una idea infame, velando en aras de una moralidad superficial, que se fía en las apariencias.

Creyendo a aquella madre indigna de tener a su cuidado al hijito inocente, sospechando que era una pecadora y podía dar perniciosos ejemplos con su vida inmoral a la tierna criatura, consiguió un permiso de la policía para separar al pequeño infante de Lena.

Y un día en ocasión en que Lena estaba ausente de la pensión, unas señoras de cierta cofradía y unos cuantos guardias, fueron a aquella casa y se llevaron al niño dejando una nota explicativa de que "el pequeño en lo sucesivo quedaba bajo la tutela de la protección de la infancia, por llevar Lena una vida licenciosa".

¡Ah, el horrible sufrimiento de aquella pobre mujer cuando al regresar a su casa, después de haber buscado inútilmente trabajo y haber pretendido entrar en el Círculo Militar donde estaba Franz, se encontró con la espantosa realidad de la desaparición de su hijo!

Aquel papel, aquel papel indigno que le quemaba las manos, le producía una excitación feroz...

¡Infames... infames todos! ¡Y que ella, una mujer honrada, una madre legítima, una esposa auténtica, se viese perseguida de aquel modo por un mundo que se las echaba de moral!

Se dispuso a confesarlo todo de una vez, a proclamar a los cuatro vientos quién era ella, cómo estaba ungida por el matrimonio sacramental, por todas las garantías de la ley... Pero siempre la situación de su marido, de Franz, se interponía...

No quería hacer daño a su esposo, pero ella ya no podía resistir por más tiempo aquella situación anómala... Además, seguía notando cierto desvío, cierta distracción por parte de su marido. ¿Es que la

querría abandonar? ¿Es que no se cumplirían nunca sus promesas de dar publicidad a su matrimonio? ¿Es que nunca podrían vivir juntos? Preciso era dar de una vez la batalla, aunque él no hubiese ascendido a capitán. No importa. Con la paga de teniente tendrían bastante y si no, ella, Lena, trabajaría. Pero todo antes que continuar así... No se hacía ilusiones. Los Holz, aristocráticos y orgullosos, jamás transigirían con aquella boda desigual y desheredarían a su hijo al enterarse de ella.

Pero ahora la pobre madre sólo pensaba en el hijo que le habían quitado de manera tan indigna... ¿Por qué, por qué? ¿Qué denuncia era aquella tan calumniosa y vil que obligaba a la policía a arrancarle el pequenín como si ella fuese una apastada?

¿Acaso don Oscar? Le consideraba malo, pero no hasta tal extremo. Allí había habido seguramente una confusión, un error que era preciso aclarar inmediatamente.

Lena corrió a la jefatura de policía. La hicieron esperar largo rato, como si

se complaciesen en prolongar su incertidumbre.

Por fin entró en el despacho donde estaban el jefe y varios comisarios.

Nerviosa, comenzó a gritar, a llorar, a pronunciar palabras incomprensibles, a hablar de su hijo y pedir que se lo devolvieran inmediatamente.

—Pero, ¿qué escándalo es ese?—gritó un comisario.

—¡No me callaré hasta que sepa dónde está mi hijo! ¡Necesito conocer dónde está ahora mismo!... Es mío... mío... no de ustedes...

—¿Cómo se llama usted?—le dijo el jefe consultando malhumorado unos libretos.

—Lena María Teresa Smith Szemesgyri.

—Este apellido húngaro es una calamidad... Nadie sabe escribirlo... ¿Cómo quiere usted que lo encontremos en el registro?

—¡Por favor, díganme dónde está mi hijo!

—¡Cállese de una vez y déjeme buscar!

Al cabo de unos minutos de consultar libros y documentos, el jefe la miró con aire de desconfianza y le dijo:

—Conozco su caso... Nada hay que hacer.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Es que los pobres somos tan desdichados que no tenemos derecho siquiera a retener a nuestros hijos?

—Según qué pobres, Usted, no... El jefe del despacho del Departamento de Moralidad Pública y Buenas Costumbres alega que usted es una mujer inmoral...

—¿Yo, inmoral, yo? Es don Oscar ese hombre, ¿verdad? Don Oscar Holz.

—El mismo. Un modelo de virtudes.

—De maldad, de maldad... ¡Qué criminal! ¿Qué daño le he hecho yo para que me persiga de ese modo?—clamó desesperada—. Vamos a ver, ¿qué sabe de mí ese viejo idiota?

—Sabe lo suficiente para que la considere a usted indigna de guardar a su hijo.

—¿Qué derecho tiene nadie a decir esto de mí? Soy honrada, por la memoria de mi madre se lo juro, soy honrada como pueda serlo la madre de usted, señor—

agregó con una solemnidad trágica.

El jefe de policía se estremeció. Contempló a Lena y le pareció investida de una aureola de nobleza de imaculada dignidad.

Aquella mujer hablaba sinceramente; hablaba con el corazón. Tal vez habían sufrido un error, acaso el celo de don Oscar había ido demasiado lejos.

—¿Está usted casada, señora?

—Sí, señor...

—¿Separada de su marido?

—Mi esposo está fuera—dijo bajando los ojos.

—¿Cómo se llama?

—¿Lo decía?... Acalló una vez más la voz de su corazón que le mandaba confesar de una vez aquella verdad y no proseguir el heroico sacrificio de que recayesen sobre ella sola todas las culpas.

—No puedo darle el nombre—dijo renunciando una vez más a su derecho—. Mi marido es un oficial del ejército... Nos casamos secretamente... y si revelase ahora su nombre, arruinaría su carrera.

—¡Qué extraño es todo esto!... Pero en fin, hay que cerrar los ojos y creer.

Parece usted una buena mujer... Y yo no tengo inconveniente en devolverle a su hijo, siempre que deposite usted aquí una fianza de mil coronas que responderá en lo sucesivo de su conducta.

—Yo no tengo ese dinero...

—No puedo hacer nada más por usted... Puede retirarse.

Lena salió precipitadamente, bailándole ante sí aquellas mil coronas mediante las cuales podría ella volver a ser relativamente feliz, podría volver a ver a su hijito.

Iría a hablar con Franz, iría a contarle todo lo que pasaba. Se trataba del hijo, del hijo de los dos... Franz podría seguramente depositar aquella fianza... Lena se dirigió al Casino Militar.

* * *

Una vez más, el portero del Círculo, uno de esos tipos insolentes de librea, le negó la entrada.

En vano le rogó advirtiese al teniente Franz de que se trataba de un asunto de extraordinaria importancia. Fué inútil. El

conserje, obtuso e idiota, no entendía de otras razones que el ciego cumplimiento de su consigna.

Lena se retiró unos pasos. Por fortuna al pasar junto a las ventanas bajas del Casino, vió a Franz que estaba jugando con unos oficiales...

Sin saber lo que hacía, capaz de todo para hablar con él, golpeó los cristales.

Franz y los demás oficiales se volvieron, mirando extrañados a aquella humilde muchacha.

Desagradablemente sorprendido, el hijo de don Oscar se levantó.

—Perdonen un momento. Es la criada de mi casa. Me debe traer algún recado de mi padre—dijo excusando aquella llamada insólita.

—¿No será una conquista? Porque la criadita es hermosa.

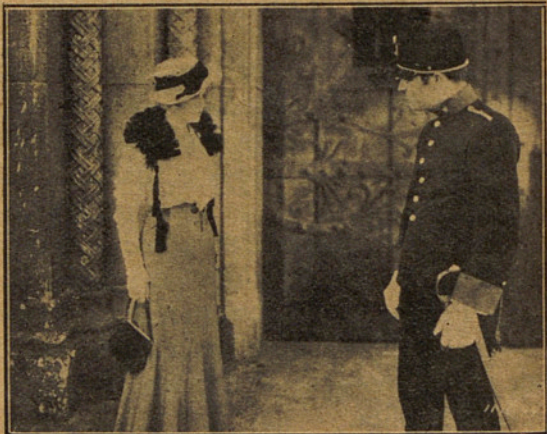
—No... no... Me reservo para cosas mejores—dijo con una forzada sonrisa.

Salió a la calle, apartándose unos pasos de aquellas comprometedoras ventanas. Antes de que Lena pudiera hablar, él la dijo cogiéndola por un brazo con ira:

—¿Te has propuesto perderme? ¡Sa-

bes que no quiero que te vean conmigo en el Círculo Militar!

—Perdona, Franz... pero... ¡se han llevado a nuestro hijo!... ¡Nos lo han quitado!... ¡La policía nos lo ha quitado!



—¿Te has propuesto perderme?

—¿Es posible? ¿Y por qué?—dijo contrariado.

—Tu padre dijo a la policía que yo era una mujer inmoral... y por eso me separan del pequeño.

Franz estaba nervioso... Aquellas te-

ribles complicaciones le enloquecían, le ponían de un humor frenético. ¡Ah, aquel hijo... y aquella mujer! ¡Eran el martirio de su pecado!

—Lo siento, Lena—dijo... ¿pero qué quieres que yo haga? No tengo influencia alguna con mi padre. Cree que si intercediese sería peor.

—Me dijeron que me lo devolverían si depositase una fianza de mil coronas como garantía de buena conducta... Dámelas, Franz... Soy tu mujer, él es tu hijo. Tengo derecho a ello.

—Pero, criatura, ¿de dónde quieres que saque yo mil coronas?

—Debes buscarlas. Se trata de mi hijo, de nuestro hijo, de mí, que soy tu esposa. Esa palabra le irritó profundamente.

—Calla... no me comprometas... Pueden oírnos.

—¿Y qué importa adelantar los acontecimientos, qué importa que nos oigan si algún día lo han de saber?... Yo quiero a mi hijo, dame el dinero para rescatarlo.

—No lo tengo... Cálmate... cálmate... He perdido en el juego mi sueldo... y no me es posible pedirle nada a mi padre...

Me ha manifestado claramente que no volverá a darme un céntimo.

—Pídele una vez más... sólo una vez... Es por su nieto, Franz, por su nieto.



—...¿de dónde quieres que saque yo mil coronas?

—No es posible... Mi padre es demasiado duro. No se enternecería por nada.

La aterradora indiferencia y frialdad con que hablaba el teniente, desesperaban a Lena, que comprendía que en el corazón de aquel hombre había muerto el amor

hacia su esposa. Y, lo que era peor, había muerto, aunque parecía más criminal todavía, el amor hacia el hijito inocente, sometido ahora a la tutela de manos mercenarias.

—Entonces... si no quieres darme el dinero—gritó con desesperación—, me obligarás a revelar de una vez nuestro casamiento.

Una sonrisa de odio apareció en los labios de Franz. Miró a la esposa, alma y cuerpo de mujer que sólo vivían para él y su hijo, y contestó con voz helada:

—Bueno... Descubre quien soy yo, revela nuestro casamiento y te devolverán el nene, pero ten presente que si lo haces ha llegado mi fin.

—¿Tú... tú harías eso?

—Es mi resolución. Antes de ser objeto de la burla de la ciudad, preferible es morir.

—¡No... no!... Señor, Señor, ¿qué será de mí?—gritó alzando los ojos a lo alto, a la luz de las estrellas que parecían mirarla con compasión.

Y echó a correr, con el alma muerta por el terror, luchando entre los dos amo-

res que llenaban su corazón. Si rescataba a su hijo, si confesaba la verdad, Franz sería capaz de matarse... ¡Oh, no... no!... ¡Qué horror!

Y andaba como una loca por aquellas calles de Viena, de la dulce Viena que la vió llegar un día llena de la alegría de la juventud y de las esperanzas de un vivir hermoso, y ahora la veía abatida y gimiente, viendo cómo el mundo entero se levantaba para martirizar a aquella hormiguita del vivir que no hacía otro daño que el de querer un hogar humilde, el marido leal, el hijo amado, la bendición de Dios...

* * *

La infortunada madre volvió desesperada a la soledad de la pensión preguntándose cómo iba a hacerlo para volver a sentir junto a sí el calor del hijo de sus entrañas.

Por el camino se había visto galanteada por varios caballeros que de seguro hubieran pagado bien los favores de ella.

Pero, no, no. Ese medio indigno, vender su dignidad y su persona, no lo em-

plearía ella nunca... Y sin embargo, ¿qué hacer, qué hacer?

En este mundo—ha dicho un pensador español—todo son dificultades para hacer bien y facilidades para realizar el mal...

Lena podía obtener fácilmente aquel dinero, pero, andando por la senda de la virtud, ¿dónde lo hallaría? ¡Ah, miseria de una tierra donde casi todo es podredumbre!

Su amiga Poldi le abrió la puerta y le dijo en el recibidor:

—¿Recobraste ya a tu hijito?

—¿No ves que vengo sola? No... no me lo quieren dar...

—¡No grites!... Tengo que darte una sorpresa... Estéfano está aquí. Te espera en tu cuarto.

—¿Estéfano?

Y en medio del abatimiento, sus labios dibujaron una dulce sonrisa, porque Estéfano era el recuerdo de la aldea húngara, de la patria chica donde están los recuerdos más puros y agradables del vivir... Y corrió hacia su habitación, deseosa de hablar con el alma amiga y fuerte que siempre le demostró simpatía...

¡Ya no se acordaba siquiera de que Estéfano la había pretendido en otro tiempo!

—¡Oh, Estéfano! —dijo procurando sonreír y estrechando fuertemente su mano ruda y vellosa.

—¡Lena... Lena!—dijo el campesino, emocionado—. ¿Cómo estás? ¿Cómo te va por Viena?...

Queriendo disimular sus penas, ella dijo:

—Bien... muy bien...

Estéfano la observó con una mirada investigadora, honda, que iba a buscar la senda de la verdad.

—No digas mentiras, Lena... Poldi me lo ha contado todo... todo... Sé lo desgraciada que eres.

—¡Estéfano!

Y sin poder contener más su emoción, lloró en los brazos de aquel hombre a quien consideraba un hermano.

—¡Pobre muchacha! He ahí lo que te ha dado la ciudad... Dolor, desencantos... Te has casado con un hombre que te ha abandonado... te han quitado a tu hijo... ¿Por qué huiste de la aldea?... Cuando

allá en el pueblo estabas bien no lo supiste apreciar... Te ofrecí mi nombre y te marchaste... ¡Siempre pagamos de un modo u otro los pecados de la inexperiencia!

Ella apenas le oía y sólo repetía de vez en cuando la palabra que era obsesión y martirio:

—¡Hijo! ¡Mi pobre hijo!

Estéfano se enterneció... Comprendió lo que era el sublime corazón de una madre.

—¿Y cómo te arreglarás para recobrar a tu hijo?—le dijo.

—Piden por su rescate mil coronas... Y no las tengo... Y he de buscarlas, sea como sea—dijo con una decisión que hacía estremecer.

—Pero, ¿criatura, acaso piensas ir a buscarlas a la calle?

—No sé... no sé... dónde sea...

Estéfano sonrió tristemente... Había escuchado con los puños cerrados la historia de la pobre madre y sufría dolorosamente al ver lo desgraciada que había sido.

Su alma generosa le hizo tener uno de esos gestos inolvidables que en las horas

supremas de infortunio valoran esa escasa piedra preciosa que es la amistad de la que hay tantas vulgares imitaciones compuestas con piedrecitas de interés y adulación, conveniencia y egoísmo... La amistad no tiene mezclas impuras, aleaciones falsas; la amistad está hecha toda de alma.

Pero Estéfano no sentía por Lena únicamente amistad, sino también algo aun más maravilloso, pero quizás más vulgar: el amor...

Era el suyo un amor sin esperanzas, un amor perdido, puesto que Lena era casada... Pero así y todo su amor era el más hermoso y heroico, porque lo iba a dar todo sin confianza de que nada le dieran.

Puso sus manos en el bolsillo, sacó una cartera y extrajo de ella todo el dinero que allí había, contándolo lentamente.

Lena le miraba con espanto, como si adivinase el sacrificio.

Estéfano la miró y puso en sus manos aquel fajo de billetes.

—Todo lo que tengo...—le dijo—. Pero todo es tuyo... Aquí tienes setecientas

coronas... Son mis diez años de economías...

—Estéfano... Yo no puedo aceptar esto... Son tus sudores, tu labor.

—En nada mejor que en eso podía emplearlo. En volver un hijo a su madre.

—¡Qué bueno, qué santo eres!—dijo, maravillada.

—Tu marido debe tener trescientas coronas... Pídeselas... con ellas podrás completar la libertad de tu hijo.

—Gracias... gracias... Pero, no pienses que yo podré devolverte nunca este dinero, Estéfano...

—No hablemos de esto... Yo vuelvo a casa en el primer tren... Ya nos veremos cuando vuelvas tú al pueblo.

Y rehuyendo las palabras de gratitud que la joven le tributaba, abandonó la casa.

Al salir lanzó un inmenso suspiro y se encaminó directamente a la estación.

Viena le caía encima. Odiaba a esa capital que le había quitado a la mujer que él amaba, y que en vez de dar a ésta la felicidad, la hacía víctima de todas sus mezquindades.

Sólo se sintió aliviado cuando vió llegar el tren que le conduciría a su tierra húngara, santa y bien amada...

* * *

Lena Smith estaba segura de que Franz tendría las trescientas coronas. Volvió al Casino Militar y rogó al portero avisase al teniente con quien había hablado antes.

El portero, a regañadientes, accedió a transmitir el recado, creyendo que realmente aquella mujer era una doncella de la casa de los Holz.

Salió Franz, sulfurado de que su esposa le estuviera importunando continuamente. ¡Maldita mujer! ¿No habría modo de que le dejaran libre? Al fin y al cabo, el niño no padecía ningún mal, puesto que estaba bien atendido en una institución benéfica.

Miró tremante de indignación a Lena y le dijo:

—¿No te he dicho mil veces que no quiero que te vean conmigo?

—¡Tienes que darme trescientas coronas! ¡Las necesito!

—¿Trescientas coronas? ¡Tú estás loca! ¿De dónde quieres que las saque?

—Pídeselas a tu padre. El no se negará esta vez... ¡Es una cantidad insignificante!

—No... no... ¿Tú no te has dado cuenta aún de cómo está mi padre conmigo? Se negaría a dármelas.

—Es preciso, Franz... Tengo ya setecientas coronas... y necesito otras trescientas...

—¿Cómo has conseguido esta cantidad?—dijo celoso y mirando a su mujer con desconfianza, como si temiera que ella, desesperada, hubiese adquirido aquel dinero por medios reprochables.

—Me las ha dado un paisano mío, un campesino que me conoce desde la infancia y que vino hoy a verme providencialmente.

—¿Y no tenía las mil?

—No... Se ha quedado sin un céntimo... Ha puesto a mi disposición todos sus ahorros... Pero aun faltan estas trescientas coronas para completar la cantidad para el rescate de nuestro hijo—repuso ello dando a la palabra "nuestro" una en-

tonación y un énfasis que llegaron al corazón del teniente.

Franz sintió algo extraño en su interior... La conducta de aquel campesino pareció darle ejemplo de que era preciso buscar de todos modos el dinero que faltaba para rescatar al niño.

Pero a don Oscar no le podía pedir nada, nada, pues sería inútil hacerlo... Y una idea tenaz invadió de pronto su imaginación haciéndole ver con su peculiar ligereza que ya tenía resuelto aquel grave problema.

—¿Llevas contigo el dinero, Lena?

—¡Sí!

—Esto resuelve nuestro asunto... Dámelo... Lo jugaré, la suerte me favorecerá, y te devolveré tu dinero y cuatro o cinco mil coronas encima...

—¿Y si lo pierdes?—exclamó con terror—. Piensa que es todo cuanto tengo, que se trata de la libertad del niño.

—¡Nada temas! ¡Jugaré a la segura! Esta noche a las once te espero en mi habitación y te daré más dinero del que necesitas...

Con profundo temor ella le entregó las setecientas coronas.

—No las pierdas... no las pierdas... Es mi última esperanza.

—¡Ganaré!... Espérame a las once, adiós.

Le dió un rápido beso y volvió al Casino. En aquel instante era sincero su corazón. Estaba seguro de ganar. Con aquel dinero pagaría el rescate del niño y aun entregaría a la madre una cantidad importante.

Y con cierto entusiasmo infantil, se sentó ante el tapete verde.

¡Pero la suerte es tan esquivo! Se aleja de los que la buscan, y en eso es hermana del amor.

Al cabo de un cuarto de hora, Franz Holz había perdido las setecientas coronas, es decir, la posibilidad de libertar al pequeño.

Horrorizado salió de la sala de juego dirigiéndose a una de las desiertas habitaciones del Casino.

La conciencia le acusaba de haber cometido un gran delito. ¿Qué había hecho, qué había hecho? ¿Cómo se presentaba

ahora ante su mujer diciéndole que había perdido las setecientas coronas?

No encontró solución a su problema... Sintió torturas infinitas, agravadas por una excitación nerviosa y agresiva... No quería pedir dinero a su padre. Tampoco se lo daría...

Se avergonzó de sí mismo. Le pareció que acababa de cometer un acto contra el honor, un acto reprobable de infame...

Y desesperado, bajo el impulso de la trágica excitación y desequilibrio nervioso que le invadía, echó mano a su pistola y fríamente, no queriendo sobrevivir a lo que le parecía una deshonor, una infamia, se descerrajó una bala en la sien, poniendo de esta manera fin a una vida en plena juventud y con un porvenir brillante.

Al ruido de la detonación acudieron varios oficiales y ya no pudieron recoger siquiera el último suspiro de quien estaba desplomado en tierra manándole sangre de una estrellita roja que tenía dibujada en una sien...

* * *

Bien ajena a la tragedia que se acababa de desarrollar, Lena había conseguido, aprovechando unas distracciones del portero y de la nueva doncella de los Holz, entrar en la casa de éste y penetrar en la alcoba de Franz.

Se moría de impaciencia, de ansiedad... Eran ya casi las once. No podía tardar en volver Franz... Pero, ¿volvería con todo el dinero? ¿No habría sido una víctima del implacable azar?

Pasaban ya de las once, llegaron las once y media, y nadie daba señales de vida.

Imprudentemente quiso salir de la estancia y sin querer causó un pequeño ruido.

En vano quiso ocultarse, huir... La sorprendieron don Oscar y su esposa, y Lena, avergonzada, no supo explicar lo que hacía allí.

—¡Ah, malvada!—rugió el miserable viejo—. Venías a robarme, ¿no? Hay que avisar inmediatamente a la policía.

—No, señor... Yo no he robado nada...

—Eso ya lo explicarás al juez...

Ordenó a la mujer y a las doncellas que registrasen a Lena, pero efectivamente ésta no llevaba en su poder nada comprometedor, ningún objeto perteneciente a los Holz.

—¿Venías acaso por mi hijo? Entonces... eres peor que una ladrona...—increpó aquella fiera.

La heroica muchacha guardó silencio. Esperaba que de un instante a otro llegase Franz y aclarase de una vez la angustiosa situación. Pero Franz no llegó, y en cambio vinieron unos policías, quienes se llevaron arrestada a aquella mártir... Y Lena, la abnegada, le generosa, no quiso todavía hablar, no quiso decir lo que la hubiera dignificado ante todos... Y esperó confiando en que la intervención de Franz aclararía de una vez para siempre todas las cosas...

Quedó arrestada en la delegación.

Una hora después los señores Holz recibían con toda clase de precauciones, la noticia de que su hijo, el oficial de por-

venir espléndido y de la sonrisa encantadora, se acababa de suicidar.

Desmayóse la pobre madre; el viejo Oscar lanzó una maldición y su espíritu se rebeló furioso contra aquella inexplicable crueldad del destino.

Cuando al día siguiente, la pobre Lena conoció aquella realidad trágica e inesperada, lloró desesperadamente y comprendió que el pobre Franz habría perdido y que para lavar su pecado, había querido buscar la insensata compañía de la muerte.

Y a la desdichada madre le pareció que acaso para siempre había perdido ahora al hijito...

* * *

Bajo el antiguo régimen, cuando Austria era un imperio, una muralla de casta hacía inviolables a los militares en vida y protegía celosamente su nombre después de muertos.

Algunos días después de la muerte de su hijo, don Oscar se dirigió al juzgado. Pasado el estupor de aquellos primeros momentos, quería conocer qué relación

había entre la muerte inexplicable de su hijo y la estancia de Lena en las habitaciones del oficial.

Deseoso de poder castigar a esa mujer, había ordenado que se siguiese implacablemente la causa contra ella.

El jefe de policía que había conseguido averiguar que Franz había perdido mucho dinero en el juego, dijo a don Oscar:

—El teniente Franz Holz, según las pruebas que obran en nuestro poder, murió por su propia mano.

—Necesito conocer las causas.

—Yo le aconsejo, por su propio bien, que no lleve esta investigación sobre la muerte de su hijo hasta el extremo... Según ha confesado esa antigua criada que tenían ustedes en su casa, ella le entregó el dinero para que jugase... Franz lo debía perder y por eso se mató.

—¡Ah, esa mala mujer!—gritó don Oscar—. Seguramente que debía tener relaciones íntimas con mi hijo.

—Así lo sospecho.

—Pues hay que conocer toda la verdad... Considero un deber investigar el asunto, caiga quien caiga... Suplico que se

interrogue a esa mujer—dijo aquel hombre implacable.

El juez vaciló. De la declaración prestada anteriormente por Lena no pudo sacar en claro la verdad, aunque sospechó que lazos de amor íntimo habían unido a los dos jóvenes... El, piadosamente, hubiera deseado que se echase tierra al asunto, pero don Oscar quería ahondar en su propia tragedia, desgarrando aquel secreto.

—Si usted se empeña, a pesar de mi consejo, le agradeceré que la interrogue usted mismo—aconsejó con frialdad a don Oscar.

—¡Acepto!—respondió el viejo—. Mi misión es averiguar la verdad y no poner dificultades a su esclarecimiento como hacen otros...

Dió orden el juez de que fuese llamada Lena, y luego murmuró al oído de uno de los abogados:

—Me parece que el jefe del Departamento de Moralidad Pública se extralimita en sus funciones, cosa que no deberíamos tolerar.

—¡Déjele! Será gracioso ver cómo el

moralizador de las costumbres ciudadanas barre su propia casa.

No tardó en aparecer Lena. Estaba más pálida, más delgada. Sus ojos se hallaban rodeados por un círculo morado, demostración de las lágrimas que le habían causado su encierro, su viudez y la falta de noticias de su hijito.

Lanzó una mirada de reproche a todas aquellas gentes y al ver a don Oscar tuvo que realizar un violento esfuerzo para no arrojarse sobre él y abofetearle.

¡El malvado! ¡Por su culpa había muerto Franz! ¡Por temor a ese hombre avaro e implacable, el joven se suicidó!

Don Oscar, mirándola con el mismo odio feroz con que ella le contemplaba, comenzó su interrogatorio:

—¿Qué hacía usted en las habitaciones de mi hijo la misma noche en que él se mató?

Lena guardó silencio.

—Se niega usted a confesar porque su respuesta sería la confesión de su conducta inmoral, ¿verdad? Usted debía esperar a mi hijo...

Lena se mantenía en su actitud de esfinge.

—Es inútil que se encierre en el silencio... Nosotros tenemos más que medios



—¿Qué hacía usted en las habitaciones de mi hijo?...

suficientes para obligarla a hablar... ¿Qué hacía usted en el cuarto de mi pobre Franz? ¡Ah, le advierto que si se empeña en seguir callando, yo haré que no vuelva usted a ver nunca más a su niño!

Lena le contempló con desesperación y

habló al fin con palabra que vibraba bajo los efectos de la ira.

—Ya que me obliga a quebrantar la promesa que le hice a Franz, sepa que él es el padre de mi hijo.

—¡Mala mujer! ¡Mientes!

—No soy mala mujer, no lo soy... Aquí está el certificado de nuestro casamiento—gritó, entregando un papel al juez.

—¡Falso... eso es falso!—dijo don Oscar fuera de sí.

El juez examinó el papel y luego dijo, sonriente:

—Parece que está en orden.

Y devolviéndoselo a Lena, añadió:

—Bien... El asunto está ya terminado... Puede usted retirarse cuando quiera, señora. Estaba usted con perfecto derecho en las habitaciones de su marido.

—¿Pero me devolverán a mi hijo?—rogó Lena.

—Esto no es de mi incumbencia, sino asunto de la Liga de Moralidad Pública.

Don Oscar, pálido y poseído de la más feroz indignación ante el inesperado epílogo de sus acusaciones, gritó:

—Toda vez que se concede a mi hijo

la paternidad de esa criatura, yo haré que se me autorice para educarlo.

—¡No hay poder humano que me arrebatte a mi hijo!



—¡No hay poder humano que me arrebatte a mi hijo!

—¡Ya veremos... ya veremos!...

Lena, junto a la puerta, con el rostro bañado en lágrimas, le dijo:

—Está usted satisfecho de su obra, ¿verdad? ¡Pues, ahora yo pregonaré por

toda Viena que la mujer que usted torturó es la esposa de su hijo!

—No lo conseguirá usted, porque antes...

Cuando Lena hubo desaparecido, el juez le dijo a don Oscar:

—¡Buena la ha hecho usted! ¡El escándalo público va a ser mayúsculo!

—Tengo mucha influencia—dijo el malvado don Oscar—y yo me encargo de que calle... Con seis meses de prisión correccional habrá bastante para atarle la lengua... Lo sé por experiencia.

Y aquel mal hombre marchó a visitar a personas influyentes, a gentes de alto rango, quienes no tuvieron inconveniente en hacer arrestar por supuesto escándalo público a la desgraciada mujer que sólo encontraba en el mundo abrojos y espinas que hacían sangrar su alma de lirio.

Don Oscar, implacable y fiero, se negó a atender los ruegos de su mujer, que, mujer al fin, le indicaba que no fuera tan implacable con la esposa del infortunado Franz.

Todo inútil. Ni siquiera quiso llevarse

a casa al nietecito, que seguía en el asilo de beneficencia.

* * *

Pero la justicia un día u otro vence... Esta vez se valió de Estéfano, que volvió a Viena, enterado del epílogo que había tenido el drama de la campesina.

El mismo se encargó de preparar la fuga de la desdichada.

Y un día, al caer de la tarde, las campanas y sirenas de la prisión lanzaron al aire sus voces de alarma... Lena Smith, una de las presas, había desaparecido de su celda. Policías y sabuesos, en furiosa batida, recorrieron los campos y los bosques en busca de la fugitiva hasta que, no pudiendo hallarla, abandonaron la empresa.

Pasaron unos meses y cuando ya en Viena nadie se acordaba de la simultánea desaparición de Lena Smith, de la prisión, y de un niño de cuatro años, de un asilo de huérfanos, en una remota aldea de Hungría, Lena y su hijo iban a vivir en la granja del campesino Estéfano...

Aquel noble corazón los acogía en su hogar... Seguía amando a Lena, pero comprendía que eran demasiado recientes aquellos dolores para hablarle de nuevo de amor a la muchacha.

Esperaría, tendría a su favor la colaboración preciosa del tiempo... Y esperaba que un día, Lena, curada ya de aquella tragedia vivida en la capital, diría a Estéfano que le amaba y que quería ser la dueña legítima de aquella granja donde todo parecía respirar el aura de la libertad, del buen corazón, del amor a Dios y a los hombres...

F I N

Ha sido revisado por la censura

PIDA mañana, de las selectas

Ediciones Especiales de la Novela

Semanal Cinematográfica

ELLA SE VA A LA GUERRA por Eleanor Boardman, John Holland, Al. St. John y Edmund Burns.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbrá, 16; MADRID: Caños, 1

Tipografía Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087-Barcelona

2

E. B.